

LAS QUEJAS FAROLÁTICAS

Érase una vez una farola conocida como Brígida que siempre se quejaba, y un día decidió cambiar las cosas:

-¡Estoy harta!

Dijo la farola:

-¡Ese perro que siempre hace sus necesidades en mis limpios pies, ese borracho que se hace todas las noches un bulto y dice:

- ¡Venga, ánimo ya solo me quedan seis bultos para ver a mi mujer!

Ese barrendero que me da todos los días con la escoba en los pies (y mira que eso da coraje) y esa bandada de pájaros que siempre hay uno que deja caer sus excrementos en mi linda cabeza! Todos tendrán su merecido...

A la mañana siguiente cuando un tal hombre paseaba a su perro mientras contaba las losetas de la acera (Lo que hace el aburrimiento...) empezó a ladrar el perro:

-¡Guau!, ¡Guau!, ¡Guau!

-Aquí quieres bonito, ¡adelante!

En cuanto el pie de la farola se humedeció por aquel líquido amarillento, Brígida, sin pensárselo dos veces, antes que le diera tiempo de sentirse apenas mojada... ¡Plof! el perro salió corriendo bien quemadito y electrocutado.

-¡Se lo merecía!

Dijo en voz baja Brígida.

Al llegar la noche, nuestra amiga la farola Brígida vio venir a ese borracho que cada vez que se chocaba contra ella exclamaba con esperanza:

-¡Quedan seis bultos más para ver a mi mujer! ¡Podré llegar! Iba a tener su merecido.

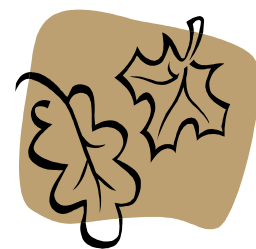
Brígida sabía que las charlas de su mujer le arrepentían y lo que hizo fue, burlarse del borracho sobre lo irresponsable que era y recordarle la bronca que le iba a echar su mujer. Eso le dolió mucho y desde entonces, nunca más lo volvió a hacer.

Cuando se hizo de día, después de que la sucia gente y los inconscientes árboles dejaran el suelo lleno de basura y hojas, apareció el barrendero dispuesto a barrer y cuando fue a barrer sus pies,

Brígida se apagó y el barrendero no veía, por lo tanto no podía barrer. Por parte se alegró porque él prefería no hacer nada a trabajar (quien no), pero entonces pensó que su hipoteca era muy grande y sin cobrar no iba a poder llegar a fin de mes y al comprender esto el barrendero fue sensato y suplicó a la farola mil veces que por favor se volviera a encender que no estaba en buenas situaciones económicas y juró que nunca más lo volvería a hacer.

Brígida se encendió y el barrendero se lo agradeció mucho.

Ya se veía menos agobiada y esperando a los pájaros se le pasó el día. Reflexionando se acordó de que los pájaros emigraban en otoño y por la mañana el barrendero había barrido las hojas caídas de los árboles (señal de que el otoño había llegado) y aunque después volvieran a venir, tenía una estación entera y libre de problemas para pensarse como librarse de los pájaros.



Sofía Gallego Méndez. 10 años.
Huelva